

elevadas al rango de valores absolutos.

Algunos creen que no puede haber filosofía sin tensión ideal como esfuerzo de superación de ciertas situaciones actuales.

LUIS RECASÉNS SICHES

*Idealismo y filosofía de la ciencia.*

*Introducción a la epistemología de K. R. Popper*, por Miguel A. Quintanilla, Editorial Tecnós, Serie de Filosofía y Ensayo, Madrid, 1972.

El plan de trabajo que Miguel A. Quintanilla reconoce haber seguido es el siguiente. Los dos primeros capítulos están dedicados al planteamiento general del problema de la filosofía de la ciencia de Popper, en relación con dos asuntos: la cuestión del positivismo de Popper, y el problema de la demarcación. El capítulo III desemboca en el valor del criterio de falsabilidad; el capítulo IV trata el problema de la base empírica; el capítulo V conforma el problema del desarrollo del conocimiento científico, y en el capítulo VI, Quintanilla remata con un comentario a propósito de los últimos desarrollos de la teoría del conocimiento realizados por Popper, a base de interpretaciones tomadas de la biología y de una cierta metafísica hegeliano-platonizante.

G. Bueno ha cooperado en el libro con un prólogo en el que termina por decir que "si algunas de las afirmaciones del Prof. Quintanilla son discutibles, es porque pueden ser discutidas" y que "el libro del Prof. Quintanilla demuestra que la filosofía como crítica materialista, está ya en marcha en España". Quiero aprovecharme por una parte del primer fallo, y por la otra del augurio tan generoso del prologuista, para estimar sólo en dos puntos —dado que ésta es una

reseña muy breve— la crítica de Quintanilla a la obra de K. R. Popper.

Acotemos, por ejemplo, lo que Quintanilla concluye en el primer capítulo a propósito de "La presencia de conceptos filosóficos". El autor expone que "la mejor prueba de que existen conceptos filosóficos que no se reducen a los de la técnica de análisis del lenguaje, es la presencia de estos conceptos en la propia filosofía neopositivista, es decir, la existencia de una concepción filosófica neopositivista". Una objeción en contra de esta tesis pareciera presentarse, apunta Quintanilla, cuando se reconoce que una de las constantes del Círculo de Viena ha sido la crítica de sus presupuestos filosóficos. "Se puede demostrar —advierte— que en el desarrollo de los problemas 'técnicos' de la lógica de las ciencias, como son el problema de la verificación, la inducción, el concepto de ley, etc., se ha pasado desde el mero intento de precisar y reformar las teorías iniciales, hasta el descubrimiento y abandono de los supuestos filosóficos que les servían de base, y así, por ejemplo, se pasó ya en el Círculo de Viena, desde el primitivo atomismo lógico o psicologismo ingenuo de *Wissenschaftliche Weltauffassung* o de *Logische Aufbau der Welt* al fiscalismo radical de Neurath y al formalismo de Carnap."

Posteriormente pasa a reconocer que "el desarrollo interno del movimiento neopositivista no invalida nuestra tesis de la ausencia crítica de los conceptos filosóficos de la escuela". "Se trata —sique— más bien del desarrollo de los problemas técnicos de la epistemología que se proponen construir, desarrollo que conduce a veces a la crítica de ciertos supuestos filosóficos que se reconocen como inadecuados o innecesarios." Quintanilla sostiene que está crítica no conducirá nunca al planteamiento de

la cuestión radical del enfoque mismo desde el que se estudian los problemas de la ciencia: "es decir, nunca se sale del marco del positivismo tal como queda éste delimitado, por ejemplo, frente a la dialéctica, o la metafísica". Pues al parecer de Quintanilla, "una vez que se acepta el concepto de filosofía como análisis lógico, se cierra sistemáticamente toda posibilidad de análisis crítico de la propia concepción filosófica, uno de cuyos momentos es el propio concepto de filosofía, concepto que ya no es precisamente analítico".

El autor desprende de lo anterior dos conclusiones. En la primera destaca que lo característico del positivismo como filosofía es su negativa a problematizar sus propios conceptos filosóficos. En la segunda deduce que, en algunas versiones del positivismo, lo anterior sólo es posible a costa de pasar por encima de la inconsecuencia lógica. Líneas más adelante termina por decir: "Comparando el esquema del concepto de filosofía como análisis lógico del lenguaje con el esquema correspondiente de la teoría popperiana, lo que obtenemos precisamente es la comprobación de una coincidencia radical en el primer punto a pesar de sus diferencias en cuanto al segundo".

Suscintamente comentaremos que Quintanilla intenta devaluar el significado filosófico de la propia crítica a los fundamentos filosóficos. En primer término, el autor se contradice al afirmar que la filosofía analítica ha llegado hasta el descubrimiento y abandono de los supuestos filosóficos que le servían de base; y después, arguye que esto no invalida su tesis de la ausencia de crítica de los conceptos filosóficos de esa escuela. Sin embargo, lejos de reconocer esta contradicción, Quintanilla pretende eludirla mediante un argumento

construido *ad hoc*: "esta crítica no conducirá nunca al planteamiento de la cuestión radical, típicamente filosófica del enfoque mismo desde el que se estudian los problemas de la ciencia; es decir, nunca se sale del marco del positivismo tal como queda éste delimitado, por ejemplo, frente a la dialéctica, o la metafísica". Quintanilla escapa a la contradicción recurriendo a una argucia semántica; a saber, la asignación de un significado subjetivo, acomodaticio y muy discutible de la palabra "crítica". Para Quintanilla esta palabra significa prácticamente "abandonar el positivismo y adoptar la dialéctica". Una vez aceptado este significado de la palabra "crítica", se puede concluir que la revisión y abandono de los supuestos fundamentales de las diferentes escuelas de filosofía analítica no constituyen una crítica. Según el autor, no aceptar la dialéctica es nunca salirse del positivismo, es ser acrítico. Este es un ejemplo de la lucha de Quintanilla con el parapeto de su dialéctica por la primacía de ciertas palabras. Una vez aceptado este significado, el autor puede concluir también que "una vez que se acepta el concepto de filosofía como análisis lógico se cierra sistemáticamente toda posibilidad de análisis crítico de la propia concepción filosófica. . .", etc. Vemos claramente que Quintanilla hace uso de un argumento persuasivo para demostrar que sólo su posición es la que permite tal análisis. Desde luego, la base de su argumentación es su acepción de "crítica", acepción que aparece en innumerables argumentos marxianos afines a su propia dialéctica. El mencionado error semántico tiene una trascendencia mayor de la que a primera vista podría parecernos, porque descalifica de un solo golpe los cambios radicales en el concepto de filosofía que las principales escuelas con-

temporáneas han llevado al cabo desde principios de siglo.

Resulta sorprendente que Quintanilla trate de concluir que todas estas escuelas comparten un concepto estático de filosofía, y que poseen "una coincidencia radical". Lo cierto es que su acepción de la palabra "crítica", como "abandono del positivismo y aceptación de la dialéctica", le permite encajonar en un mismo sitio toda la serie de cambios, revoluciones y controversias de la filosofía contemporánea; mientras que en otro, en "la tierra prometida" encontraremos desde luego a la "verdadera conciencia crítica", a la "dialéctica" y, desde luego, a la "crítica de la crítica crítica".

Otras conclusiones tajantes podemos hallarlas en "Formalismo y abstracción en la teoría del conocimiento" en el capítulo II. Quintanilla concede que el problema de la demarcación es un problema central en gran parte de la filosofía moderna del conocimiento. Dos son las razones que le llevan a afirmar esto: "primero porque el problema de la demarcación de Popper se plantea desde un punto de vista similar al que se observa en esta filosofía" moderna del conocimiento. Punto de vista que Quintanilla caracteriza como abstracto, ahistórico o idealista; y "segundo, porque la originalidad del planteamiento de Popper (lo que diferencia su problema de la demarcación del problema del conocimiento de la filosofía occidental, y del problema del significado del Círculo de Viena) se puede interpretar en cierto modo como lógica consecuencia de ese punto de vista o enfoque idealista que todos comparten".

Para hacer más clara la exposición de su tesis, Quintanilla formuló la siguiente distinción: "la distinción entre la forma cómo una filosofía concibe su problema... y el contenido del proble-

ma objetivo que determina a esa filosofía, a su problema". Esto es, se propone la distinción entre el problema que una filosofía constituye como centro en torno al cual se ordena su discurso y el problema objetivo que determina a ese discurso filosófico. El primero es señalado como problema formal de la filosofía; el segundo, como el problema material. Según el autor puede haber mayor o menor excentricidad de la determinación material del problema formal en las distintas concepciones filosóficas. Un caso de mayor excentricidad es, según él, el llamado grado de abstracción.

Quintanilla arguye que lo que quiere decir "respecto al problema de la demarcación en relación con el problema del conocimiento de Bacon, Hume, Kant, etc., por una parte, y por otra con relación al problema del significado del Círculo de Viena, es que coinciden radicalmente en estar planteados desde un grado similar de abstracción", debido a lo que él llama "una inflación de formalismo de la epistemología moderna". Esto conduce al autor a afirmar, por una parte, que se puede entender el problema de la demarcación como una interpretación formalmente adecuada al problema del conocimiento de la filosofía moderna; y por otra, que materialmente no roza apenas el problema del conocimiento tal como históricamente se ha planteado.

De aquí, según aparece en el texto, puede extraerse una conclusión interesante para la interpretación que Popper hace, desde su planteamiento demarcativo de otras filosofías: "Dado que lo que determina a una filosofía es en último término el problema material al que se enfrenta, una consideración abstracta de otras filosofías nunca puede dar razón de la estructura de su discurso, ni superar radicalmente sus contradic-

ciones, pues las estarán buscando donde, por lo general, no se encuentran". De ahí que, según Quintanilla, este tipo específico de análisis filosófico de los problemas de otras filosofías no pueda ser resuelto, sino que se reduce a una simple traducción al nuevo esquema formal. Tal cosa le sucede al demarcacionismo de Popper.

La síntesis de Quintanilla queda reducida de la siguiente manera:

- a) Hay en la filosofía moderna un problema formal del conocimiento básicamente similar al problema de la demarcación de Popper.
- b) Hay un problema (o mejor diversos problemas) materiales que introducen en el problema formal del conocimiento pequeñas variaciones y peculiaridades que precisamente permiten rastrear esta determinación material.
- c) Hay un grado bastante considerable de abstracción en la filosofía moderna. Abstracción que, sin embargo, disminuye en ciertos momentos, en la medida en que la problemática formal se acerca (con la filosofía materialista) a la problemática material del conocimiento.
- d) El concepto (en principio epistemológico) a través del cual se pueden rastrear estas inflexiones de la filosofía moderna del conocimiento es el concepto de ideología.
- e) Popper ignora totalmente este concepto como ignora la determinación material de la problemática del conocimiento.
- f) Esta abstracción de la filosofía del conocimiento de Popper es lo que permite, por una parte, traducir el problema de la demarcación. Por otra parte, es lo que le impide dar solución a este problema tal como

se plantea en el pensamiento moderno. Y, por fin, es lo que conduce al carácter circular de su epistemología.

Nuestro comentario se reduce a lo siguiente: Quintanilla tacha de abstracto, ahistórico e idealista el problema de la demarcación en razón de que no toma en cuenta las condiciones externas que lo determinan; como son las culturales, históricas, etc. El autor no distingue entre lo que podríamos llamar "sociología de la epistemología" de la epistemología misma. No sólo confunde dos tareas totalmente distintas, sino que comete la falacia de pretender fundamentar el valor de esta última en el análisis de la primera. En última instancia, el problema se remite a que Quintanilla le critica a Popper la ausencia de un trabajo de sociología del conocimiento, cuando de hecho no existe una crítica epistemológica del problema de la demarcación por parte de Quintanilla mismo. Al tachar de ahistórico el problema de la demarcación, el autor se sale de sus cabales. Imaginemos al profesor Quintanilla aunando a sus preocupaciones por la demarcación otro problema que podría ser la historicidad o la ahistoricidad de la caída de los cuerpos. No creemos que la caída de los cuerpos tenga que ver con esa historicidad que *pareciera* haber conformado al propio autor. Esta tesis juega en toda forma en la distinción que elabora Quintanilla entre el problema formal de una filosofía y su problema material. Gracias a esta tesis el autor puede concluir que el problema de la demarcación tratado por "Bacon, Hume, Kant, por una parte, y por otra en relación al problema del significado del Círculo de Viena, es que coinciden radicalmente en estar planteados desde un grado similar de abstracción", debido a lo que él llama "una inflación de for-

malismo de la epistemología moderna". En suma, esto le permite estimar el grado de abstracción de una filosofía, según trate ésta sus condiciones materiales. Sin embargo, el autor va aún más lejos al sugerir que la filosofía de Popper "nunca puede dar razón de la estructura de su discurso ni superar radicalmente sus contradicciones pues las estarán buscando donde, por lo general, no se encuentran". Dicho de otra manera, la fundamentación y análisis de la estructura conceptual de un problema filosófico debe buscarse en sus condiciones materiales y no en sus propiedades lógicas y semánticas. Observamos aquí que el autor confunde dos universos de discurso ajenos entre sí; a saber, el del análisis de conceptos y proposiciones donde quedan enmarcadas consideraciones sobre el significado, la contrastabilidad, la consistencia de los enunciados y su relación con la experiencia; y el análisis histórico y sociológico. Esto es, asegura que la justificación racional de un problema filosófico no debe buscarse dentro de su contexto lógico y semántico. Ni más ni menos.

Lo anterior se apreciará más claramente en la síntesis presentada por Quintanilla. Por lo que respecta a cada inciso podemos decir de cada uno de ellos lo que sigue:

- a) El autor está en lo cierto al afirmar que "hay en la filosofía moderna un problema formal del conocimiento básicamente similar al problema de la demarcación de Popper".
- b) El autor no expresa qué problemas materiales "introducen en el problema formal del conocimiento pequeñas variaciones y peculiaridades que precisamente permiten rastrear esta determinación ma-

terial". No demuestra cómo estos problemas materiales provocan los cambios sin tomar en cuenta las disputas internas que él llama formales. Por último, tampoco nos explica la evolución de la teoría del conocimiento (de las discusiones Locke y Descartes; Leibniz y Locke; Leibniz y Hume; Hume y Kant, por no citar a Carnap y Wittgenstein; y Popper y Carnap); a través de las "condiciones materiales", sin tomar en cuenta los problemas estrictamente conceptuales y formales.

- c) El autor no nos indica cómo y cuándo disminuye la abstracción "en ciertos momentos en la medida en que la problemática formal se acerca (con la filosofía materialista) a la problemática material del conocimiento". Aquí simplemente Quintanilla le 'pone' un nombre a aquello que necesita explicación.
- d) El autor afirma algo que no logra demostrar, que "el concepto (en principio epistemológico) a través del cual se pueden rastrear estas inflexiones de la filosofía moderna del conocimiento es el concepto de ideología". Aquí se comete la confusión entre lo que es epistemología y lo que no lo es. Ya hemos advertido bastante al respecto en páginas anteriores.
- e) El autor vuelve a afirmar otra falsedad al sostener que "Popper ignora totalmente este concepto como ignora la determinación material de la problemática del conocimiento". No es que Popper los ignore, los deja fuera de su discurso con toda intención porque no tienen nada que ver con la problemática epistemológica a que se enfrenta.

f) El autor acierta esta vez en la mitad de su enunciado; a saber, de que “esta abstracción de la filosofía del conocimiento de Popper es lo que permite, por una parte, traducir el problema de la demarcación”. Acierta por razones que él no sólo desconoce, sino niega; dado que sólo al dejar fuera toda consideración histórica y material es posible efectuar esa traducción. No en vano, insistimos, Popper es epistemólogo, no historiador o sociólogo. Por lo que respecta a la segunda parte del enunciado, el autor, como era de esperarse, incurre nuevamente en el error al afirmar gratuitamente que esa abstracción “. . . es lo que le impide dar solución a este problema tal como se plantea en el pensamiento moderno. Y por fin, es lo que conduce al carácter circular de su epistemología”. En primer término, esa “abstracción” no sólo no le impide sino que le posibilita ofrecer soluciones al problema del conocimiento, dado que los problemas epistemológicos se resuelven epistemológicamente y no a través de una vía ideológica y “material”. En segundo término, el mencionado “carácter circular” es manufactura del propio Quintanilla en virtud de la confusión semántica referida en páginas anteriores.

Todo esto nos acerca al juicio de A. Isenberg en una reseña crítica aparecida en el *Journal of Philosophy* en 1961, a propósito de la obra de E. Gellner *Palabras y cosas*: “el autor es uno de esos filósofos, que desgraciadamente no son pocos, que parecen pensar que poner un acento retórico sobre una distinción entre jugar con palabras y tratar temas fundamentales es tratar con te-

mas fundamentales”. Creo que el juicio de Isenberg se ajusta oportunamente a la opinión que nos merece este libro del filósofo peninsular Miguel A. Quintanilla.

JORGE GRAUE

*Gamarra o el eclecticismo en México*, por Victoria Junco de Meyer, Fondo de Cultura Económica, México, 1973.

Esta investigación, publicada hace ya casi treinta años en 1944 en edición mimeográfica limitada, puede al fin ahora ver la luz impresa, después de varias gestiones, una de ellas ante la UNAM, mencionada en la Presentación. No obstante su importancia, que sigue manteniéndose casi intacta a pesar del tiempo transcurrido, muchos investigadores y estudiosos se quedaron sin poder servirse de sus aportaciones, pues sólo en unas dos o tres bibliotecas era posible consultar alguno de los pocos ejemplares mimeografiados y conservados. Con relación al aspecto de su importancia debe mencionarse un hecho que vale tal vez para todas las investigaciones realizadas bajo la dirección del maestro José Gaos, cuyo propósito era el *Estudio del pensamiento en los países de lengua española* —tal es el título del Seminario que sostuvo durante muy largos años en El Colegio de México y en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM—: ese hecho es la falta de trabajos de verdadera investigación, que hayan seguido a aquellos estudios, desarrollándolos, ampliándolos, profundizándolos.

Tal parece que la obra del maestro Gaos en la dirección de esos trabajos no encontró eco en investigadores o estudiosos posteriores. Me refiero aquí especialmente al tema de Gamarra, de los